

Contexto histórico de la meditación del rey temporal*

ALBERTO GUTIÉRREZ J., S.J.**

RESUMEN

La experiencia ignaciana de lo que se ha llamado la "conversión" llega a su culmen con la decisión de seguir a Cristo siempre y en todo. A medida que fueron surgiendo los ejercicios espirituales, expresión viva y trascendente del carisma de Loyola, ese seguimiento se fue concretando en dos momentos que expresaban, dentro del contexto histórico de la época del Renacimiento, la realidad del llamado de un rey temporal, imagen lejana, pero real de la convocación del Rey eterno y Señor universal, a vivir y trabajar como él, para seguirlo en las dificultades y en los logros en bien propio y de los demás. Cual sea la respuesta a este último llamado, se ilumina por lo que debería ser la respuesta a un señor temporal que llama a una conquista propia de leales caballeros. Estudiar el contexto histórico en que surge la meditación del Rey temporal de los ejercicios, introducción y fundamento de la consideración de la vida de Jesús, propia de las semanas siguientes dentro del método ignaciano, es el propósito del siguiente artículo.

* VI Simposio sobre Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola "Del rey temporal al Rey Eterno: Peregrinación de Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Pedro Fabro", Bogotá 4 y 5 de agosto de 2006. Este artículo será publicado en la revista *Apuntes Ignacianos*.

** Doctor en Historia, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Licenciado en Historia Eclesiástica, Universidad Gregoriana, Roma. Actualmente es profesor de Historia de la Iglesia Latinoamericana en la Universidad Gregoriana, Roma. Correo electrónico: gutierrez@unigre.it

gracia y de la colaboración con ella, la relación con su propio contexto histórico; en otras palabras, su proyección hacia la realidad histórica para entenderla de manera distinta a como la entendía hasta entonces y para transformarla buscando “la mayor gloria de Dios y servicio de los prójimos”.

– En segundo lugar, que con el tema presente nos adentramos en el núcleo del carisma ignaciano, el seguimiento de Cristo, y que, según el propio Ignacio, sus primeros compañeros y los expertos de todos los tiempos en el método de los ejercicios, con la meditación del rey temporal nos encontramos, como dice el padre Santiago Miró, S.J., en el *Directorio*:

...ante el fundamento de todas la meditaciones de la vida de Cristo que vienen a continuación, ya que contiene nada menos que la invitación del mismo Cristo nuestro Señor, en la que consiste toda la perfección del hombre que es lo que se busca a través de todas ellas.¹

Por tanto, lo más importante de este trabajo no es el cuadro histórico, más o menos difuso y comprensible hoy, del ambiente caballeresco y de corte en que se movía el gentilhombre Íñigo López de Loyola, o los acontecimientos de la guerra franco-española que desembocaron en la tragedia de Pamplona. Lo más importante es el hecho de ver cómo, en ese sucederse de situaciones, una persona, Íñigo, empezó a ver las situaciones, los acontecimientos y las personas de distinta manera a como las veía antes y a entender de diversa manera la oración que, como cristiano, había aprendido desde niño: “Padre nuestro: venga a nosotros tu Reino.”

En el contexto en que surgen los *Ejercicios*, sobre todo, desde Loyola hasta Manresa, aparece ciertamente el hombre siempre leal, capaz de grandes acciones, formado en la escuela caballeresca de Loyola y en los austeros ambientes de la época de los Reyes Católicos y de la reforma del cardenal Cisneros; pero, sin que la gracia destruya la naturaleza del gentilhombre Loyola, aparece el hombre a quien la fuerza superior del Espíritu divino solicita, cuestiona, ilumina y fortalece para que naturaleza y gracia produzcan lo que Rivadeneira catalogó como

1. Dice el padre Santiago Miró, S.J.: “*Notandum quod contemplatio de re temporali, quae ponitur in principio secundae hebdomadae, es veluti fundamentum omnium meditationum vitae Christi, quae sequuntur; nam ea tota nihil aliud est nisi eiusdem Christi Domini nostris imitationem continet, in qua hominis perfectio consistit quae quidem in omnibus aliis item quaerenda est.*” (Miró Jacobus, S.J., *Directoria*, doc. 22-23, Nos. 63-64, en MHSI, Monumenta ignatiana, 76, ed. Iparraquirre, p. 392).

Conocía de cerca, por sus años al servicio del contador mayor del Reino de Castilla (1505-1517) y del virrey de Navarra (1517-1521), cuáles eran sus obligaciones como caballero leal y cuáles los peligros de un ambiente cortesano en que no estaban ausentes, ni siquiera en las más cristianas y austeras cortes, las intrigas, la adulación, los delirios del orgullo y de la ambición a la que puede conducir el poder, sobre todo, cuando se halla en la cumbre de la dominación (*ibídem*: 518).

Cuando Íñigo hubo de detener su vida de aventura y heroísmo por su señor, como consecuencia de una inesperada herida en combate y de una forzosa convalecencia larga y aburrida, era un hombre a quien no le eran ajenas las consideraciones en pro y en contra de un sistema de fidelidades que lo colocaba frente a la ambivalencia de la vida cortesana y caballeresca propia de una época de renacimiento cultural. Se trataba de una época que hacía del ejercicio de la razón un campo de discernimiento sobre el significado de los acontecimientos de la vida diaria en el contexto cultural y religioso de una sociedad impregnada de un nuevo humanismo que se sintetizaba en “el ideal de defensa y aumento de la cristiandad o, como dicen los *Ejercicios* del rey temporal: ‘mi voluntad es de conquistar toda la tierra de los infieles’.” (*Ibídem*: 523)

No se necesitaba ser demasiado religioso practicante para darse cuenta de la grave necesidad de estar férreamente ligado a los ideales de una sociedad basada en un esquema de cristiandad dado que, como anota el padre Encinas:

...en la mentalidad del tiempo de San Ignacio, el mundo se dividía en dos zonas: la cristiana y la gentil; ésta, en tinieblas de gentilidad y de barbarie; aquélla, en luz de cristiandad y de civilización. En la zona cristiana había un gran emperador, Carlos V que era como el defensor nato de la Iglesia. (Encinas, 1952: 113)

En el fondo, los Reyes Católicos de Castilla y Aragón, apelativo que dio el papa Inocencio VIII (1484-1492) a Isabel y Fernando y que, confirmado por Alejandro VI (1492-1503), fue heredado por sus sucesores, era el punto de referencia para cualquier consideración sobre la supervivencia y extensión del cristianismo en el mundo y nada de raro tiene la conclusión de Encinas, con tal de que no se le de un sentido exclusivo, cuando dice que “al emperador cristiano se refiere el rey temporal del símil o ejemplo de San Ignacio” (*ibídem*).

el ámbito del rey temporal) (cfr. *Ejercicios espirituales*, 94); la segunda es “la de los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio a su Rey eterno y Señor universal” (*Ejercicios espirituales*, 97) (respuesta en el ámbito del Rey Eterno).

El padre Fiorito, en su *Comentario a los Ejercicios*, tiene, a este propósito, una conclusión importante. Dice:

Por eso creemos que, si queremos hacer los *ejercicios* guiados por San Ignacio, no se puede prescindir de la primera parte de esta contemplación en la que se considera un rey humano, elegido de mano de Dios nuestro Señor (*Ej.* 92-94). Podríamos decir que, en nuestros tiempos democráticos, no nos dice nada la figura de un “rey humano”, acostumbrados como estamos, a hablar de un presidente o de un primer ministro en nuestros actuales gobiernos. (Fiorito, 1989: 358)

Aun cuando es muy sensata la reflexión del comentarista de los *Ejercicios*, hay que regresar a la consideración de que el rey temporal es un símbolo o elemento significativo que, basado en experiencias reales del autor de los *Ejercicios*, está ubicado frente a la segunda parte del símil o elemento significado en el contexto bíblico del Reino de Dios, tema central escogido por Jesús en su predicación.

Aun cuando el Señor no se ha detenido a definir la esencia del Reino y a especificar en qué consiste, ha centrado su mensaje sobre la proximidad e inminencia del establecimiento del Reino de Cristo, cuyo feliz anuncio se conjuga con el urgente y presente llamado a cambiar de vida como respuesta al feliz anuncio de que Dios viene al encuentro de la humanidad con su acción salvífica, manifestando su poder de supremo Liberador (cfr. Dianich, 1988: 1216).

En este contexto, el rey temporal es el ideal humano digno de ser imitado y seguido lealmente, porque es el primero en la entrega para realizar el Reino y, siendo humano, es capaz de suscitar vinculaciones de lealtad que, cuando se pasa a contemplar al Rey que es el Verbo encarnado, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación en quien fueron creadas todas las cosas, se sublima la lealtad hasta hacerla seguimiento de Cristo para tener parte con él en la victoria como se ha tenido primero parte con él en los trabajos (*Ejercicios espirituales*, 93).

históricas que están en contra de la hipótesis: la primera, que la convocatoria de León X no logró el efecto deseado y los reyes siguieron en su guerra por el dominio del norte de Italia que constituía el Milanizado; y, la segunda, que el ideal de conquista de Íñigo, al seguir el llamado del Rey Eternal, fue viajar a Tierra Santa tras las huellas del señor Jesús, lo que vino a lograr en tiempos del papa Adriano VI. Cuando quiso repetir su conquista espiritual, en tiempos de Paulo III, esta vez con sus compañeros, en cumplimiento del voto de Montmartre, no pudo hacerlo por causa de la guerra, no cruzada, entre Venecia y los turcos por el dominio del Mediterráneo, cerrado por los musulmanes a las potencias marinas de Occidente, Venecia en primer lugar.

El rey temporal y los príncipes del Renacimiento

Es un hecho que el tránsito del Medioevo a la Era Moderna, caracterizada por un Renacimiento centrado en la afirmación colectiva del espíritu nacionalista, trajo consigo una exaltación de quien personificaba ese espíritu, que no era otro que el gobernante. Entre los primeros en crear un prototipo de príncipe del Renacimiento fue Nicolás Maquiavelo (1469-1517). En el ambiente de las cortes y de las instituciones educativas, el tema del príncipe, sus derechos y deberes y la razón de Estado que encarnaban sus decisiones, era de general conocimiento y aceptación y, en España, más aún cuando el propio Maquiavelo había exaltado a la categoría de modelo al rey Fernando el Católico y, dentro de los príncipes, a César Borgia, ambos españoles.²

Resulta históricamente cierto que un rey temporal del Renacimiento, la época de Íñigo, era una persona ideal, o mejor, idealizada, poseedora de cualidades y autoridad casi sobrehumanas y llamada a conducir a la nación valiéndose de todos los medios a su alcance, inclusive de aquellos que, aun cuando ilícitos e injustos, se justificarían por el fin pretendido, el bien y prosperidad de la sociedad.

2. En la obra clásica *El Príncipe*, Maquiavelo se refiere al rey Fernando el Católico de la siguiente manera: "Ninguna cosa hace tan estimable a un príncipe como las grandes empresas que realiza y los ejemplos extraordinarios que da. Nosotros tenemos en nuestro tiempo a Fernando de Aragón, actual rey de España, quien se puede calificar de un príncipe de nuevo estilo porque de rey débil que era ha llegado a ser por su fama y su gloria el primer rey de la cristiandad y si se miran sus empresas, se encuentra que todas son grandes y algunas extraordinarias." (Macchiavelli, 1995: 77. Traducción nuestra).

invitando a sus seguidores “a conquistar toda la tierra de infieles” (*Ejercicios espirituales*, 93). En la revista *Manresa* de 1966 se publicó un interesante estudio del padre Joaquín María Carretero, S.J., en el que el autor ve, en un texto del escritor latino Julio César, “un pasaje cesariano que es como un precedente típico o tipológico de la parábola del rey temporal que constituye la primera parte de la meditación del Reino de Cristo de los *Ejercicios*” (Carretero, 1966: 172).

El autor del estudio analiza los dos textos: el de Julio César en *De bello gallico* y el de Íñigo, y encuentra semejanzas estilísticas y de lenguaje que lo llevan a concluir que “no hay peligro de exagerar si decimos que, entre ambos textos hay una verdadera relación de influjo y no un simple paralelismo” (*ibídem*). Al analizar los argumentos de Carretero, se puede decir que si bien el parecido es posible y aun probable, queda la duda de dónde pudo conocer Íñigo el texto cesariano y si realmente lo tuvo presente al escribir el texto de la meditación.

Carretero lanza la hipótesis de que ello se verificó en Loyola, donde “tal vez era el libro de lectura latina en las clases particulares que un pedagogo daba al pequeño Íñigo, a quien su padre, don Beltrán, quería preparar para la carrera eclesiástica” (*ibídem*: 168). Además de otras hipótesis igualmente sugestivas, pero complicadas, el autor concluye que dado el influjo de César en el Renacimiento, sus fórmulas crearon estereotipos lingüísticos, uno de los cuales pudo ser tal vez el usado por Íñigo en los *Ejercicios* (*ibídem*: 168-169).

Aun aceptando el posible influjo, como el de algunos libros de caballería de la época, estilo *Amadís de Gaula*, hay que decir que ambos textos son opuestos en cuanto a su significado profundo: César es un militar en campaña y su escenario y objetivos son de tipo militarista. Lo contrario, en Íñigo, cuyo ideal de caudillo y el discurso que hace a sus eventuales seguidores no son de naturaleza militar y menos militarista, sino profundamente espirituales, ya que la empresa a la que llama el rey temporal es trascendente y tiene que ver con la extensión del Reino de Dios en este mundo y la salvación eterna en la vida a la que somos llamados después de la muerte.

Por tanto, creo que es prudente concluir que el contexto de la parábola del rey temporal, aunque encarnada en el ambiente que se respiraba en el Renacimiento, tiene que ver, sobre todo, con las meditaciones de Loyola y

que favoreciera el propio crecimiento espiritual y el beneficio de los prójimos, la cual, como anota el padre Javier Osuna, “era una forma nueva, distinta de cuanto había soñado hasta entonces, aunque no conociera todavía su modo de actuación concreta” (Osuna, s/f: 43).

La proximidad humana de Íñigo convaleciente en Loyola, con San Francisco y Santo Domingo, tiene que ver con la imitación de Cristo, sin duda, pero también con la reforma de la Iglesia que veía realizada en sus por entonces modelos privilegiados: Francisco, llamado a vivir en pobreza y a restaurar la iglesia destruída; Domingo, predicador incansable en medio de los herejes para llevarlos a Cristo.

El ambiente de reforma que se respiraba en el austero medio de influjo del cardenal Cisneros y del futuro papa Adriano VI era fruto de una necesidad renovada de imitar a Cristo y de aprender a hacer oración mental según los métodos, a veces excesivamente complejos, de los autores de la “devoción moderna”. Nada de raro tiene que a lo largo de su vida espiritual Ignacio de Loyola haya tenido una devoción especial hacia el libro de Tomás de Kempis, o *Gersoncito*, como se le llamaba familiarmente, con menos exactitud.⁴

De las experiencias de Manresa surge el hombre nuevo de un Íñigo apasionado por el seguimiento de Cristo buscando su Reino, ante todo, en el interior de su vida con la contemplación de Dios en su eternidad creadora, de la encarnación del Verbo y de su vida desde el nacimiento hasta la cruz, muerte y resurrección.

En la base de la espiritualidad que marca el contexto histórico de la época de la conversión de Íñigo, está la *Vida de Cristo* de Ludolfo de Sajonia, llamado el cartujano. El convaleciente Loyola es muy sincero en su *Autobiografía*:

Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos dellos para pasar el tiempo; mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron un *Vita Christi* y un libro de la vida de los Santos en romance. (Loyola, 1977: 94)

4. Llorca y Villoslada: “Muchos defendieron que el autor era Gersón, teoría a la que, según Loth, le falta todo: la prueba testimonial e histórica, la autoridad de los manuscritos, la tradición y la verosimilitud...” (1987: 557, nota 27)

Providencialmente ambas obras estaban en Loyola, dada la vinculación de fray Ambrosio de Montesino, el franciscano traductor de la obra de Ludolfo de Sajonia al castellano, con doña María de Guevara, fundadora del convento de las clarisas de Ávila y tía de Íñigo, a quien dedicó alguna de sus obras y quien fue su mecenas y colaboradora (*ibídem*: xxiii, nota 13). Es más que probable que a ella y a las mujeres de la familia haya que atribuir la presencia de las obras citadas en la casa solariega de Loyola.

EL REY TEMPORAL Y EL CABALLERO CRISTIANO

Quedaría incompleto el contexto histórico en que surgió la meditación del llamamiento del rey temporal si no echamos una mirada conclusiva a la realidad del “caballero cristiano” que siempre fue Ignacio, antes y después de su conversión, ya que el símbolo tiene mucho de caballeresco y del sentido de lealtad propia de los seres humanos de todos los tiempos que como “buenos súbditos de un rey tan liberal y humano no quieren ser dignos de ser vituperados por todo el mundo y tenidos por perversos caballeros” (*Ejercicios espirituales*, 94).

Es un hecho, y eso lo sabemos con base en el realismo y en la humildad del propio Íñigo, que él fue un noble, aunque desagarrado y vano caballero, pero que precisamente por su nobleza y lealtad, movido por la gracia de la conversión, escuchó y plasmó en su vida la respuesta a “un rey tan liberal y tan humano”, como es el rey temporal de los *Ejercicios*, símil que lo lleva, por analogía, a la consideración del Rey eterno.

El padre García Villoslada analiza el influjo que tuvo en la vida del joven Íñigo la estadía en Arévalo, en el palacio del contador de Castilla, don Juan Velásquez de Cuéllar. Dice, en su nueva biografía de San Ignacio:

La educación social que configuró todo su ser fue esmeradamente cortesana, según el ceremonial de los pajes y donceles de Castilla, que se preparaban para realizar en sí la imagen del perfecto caballero, tal como la describirá paradigmáticamente el diplomático y humanista Baltasar Castiglione en su elegante y exquisito libro *Il Cortigiano*. (García-Villoslada, 1986: 88)

El análisis de la estadía de Íñigo en Arévalo lleva a García Villoslada a concluir que esa experiencia en un medio que describe como distinguido por “la fastuosidad y el lujo dentro de una moral más bien austera y una gravedad típicamente castellana” (*ibídem*: 87), produjo en él

la contemplación de los misterios de Cristo, le comunicaron una nueva visión del seguimiento y servicio al que se sentía poderosamente atraído. (Osuna, s/f: 42)

En el mismo sentido el padre García Mateo se expresa así:

La pedagogía de Ignacio [...] parte de un ideal comúnmente conocido y profundamente deseado [...] con la intención de hacer próxima una realidad trascendente, pero de tal manera que ésta lo excede por completo. "Quánto es cosa más digna", [dice al referirse al Rey Eternal] es decir, siguiendo un modo que recuerda, en cierto sentido el de la "analogía por eminencia", Ignacio intenta que el ejercitante descubra que, si el ideal ético-político de un buen gobernante-líder ya, de por sí, compromete, éste no es sino una copia imperfecta del "Rey Eternal". (García-Mateo, 2000: 382-383)

Podemos concluir que Ignacio, sin dejar de ser hombre de su época, imbuido en el contexto histórico en que vivió y actuó, fue enteramente fiel a la gracia de una conversión real que lo hizo trascender su visión del mundo y de la sociedad hasta la entrega de su persona a la búsqueda del mayor servicio de Dios y ayuda de la almas.

Por tanto, no es sólo por el sentido que demuestra de la autoridad correctamente ejercida por lo que es necesaria la contemplación de un rey temporal, sino porque por la consideración de lo inmediato y creado se llega a entender, amar y seguir a Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios y por tanto realidad y paradigma del seguimiento de la voluntad divina tal como se expresa en la petición de la meditación con que se abre la segunda semana: "Pedir gracia a nuestro Señor para que no sea sordo a su llamamiento, mas presto y diligente para cumplir su sanctissima voluntad." (*Ejercicios espirituales*, 91)

BIBLIOGRAFÍA

- CARRETERO, JOAQUÍN MARÍA S.J., "El esquema del 'rey temporal' en un texto de César, en *Manresa* 38 (enero-marzo 1966), 146, pp.165-172.
- DIANICH, SEVERINO, "Jesús y el Reino", en *Nuevo Dizionario de Teologia*, Edit. Babaglio F. DianichoS., Ed. Paoline, Milán, 1988.
- ENCINAS, ANTONIO S.J., *Los ejercicios de San Ignacio*, Sal Terrae, Santander, 1952.
- FIORITO, M.A., S.J., *Buscar I hallar la voluntad de Dios. Comentario práctico de los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola*, Edic. Diego Torres, Buenos Aires, 1989.

OSUNA, JAVIER, S.J., *Amigos en el Señor: unidos para la dispersión*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao.

RIBADENEIRA, PEDRO DE, S.J., *Vita Ignatli Loyolae*, Ed. Cándido de Dalmases, S.J. (= MHSI, 99, Monumenta Ignaciana 4), Roma, 1965.

RUIZ JURADO, MANUEL, S.J., *El peregrino de la voluntad de Dios*, BAC, Madrid, 2005.

RUIZ JURADO, MANUEL, S.J., "El texto de los *Ejercicios* de San Ignacio", en *Manresa* 70 (1977) 171, pp. 171-186.

SCHIAVONE, PIETRO, S.J., *Il progetto del Padre*, Editrice Rozate, Roma, 1980.